

La boda

VIEJA VIÑETA MINERA

José María era uno de los mejores barreneros de la sierra.

Me llaman el barrenero porque pongo la barrena...
Cantaba bien. Era la suya una voz recia, vibrante, poderosa, como un caño de agua. Conocía todos los secretos del oficio, sus médulas e intrínsecos.

Un día, candil en mano, llegó a la mina, a flor de labio, la buena nueva:

—Que me caso y que estáis todos invitados a la boda.

—Vaya, hombre, buenó está; las cosas hacerlas bien o no hacerlas.

—Quiero cumplir. "Como Dios manda", que dice la Rosario.

El no se había atrevido siquiera a proponerle a su novia aquella "huida" popular, tan arraigada entre sus compañeros. "¿No sabéis? El domingo "se fue" Anica la de Los Vidales con Andrés". "Pencho se lleva esta noche a la Manuela". Con la Rosario, tan seria, tan frágil, tan señorita a pesar del oficio de despachar copas, no hubiera sido fácil otra cosa que no fuera llevarla al altar mayor, con un buen ramo blanco de cinco pesetas.

—Lo dicho: que quedáis invitados a la boda.

II

—¡Rosario, dos carajillos!

—¡Ya va!

—¡Rosario, tres de tinto!

Aquella noche Rosario estrenaba gesto feliz, inédito.

—Que esta tarde José María ha pedido mi mano a mi tío Paco y que tenemos boda para el invierno.

A la taberna del Paco llegaban los mineros después de la faena, desabridos, agotados. Sobre las pequeñas mesas de madera el cansancio les vencía los torsos hasta desplomarse sobre aquel olor de vino antiguo que salía de la tabla recién fregada. Luego, la baraja y el dominó acababan por encenderles una gota de ilusión en las pupilas.

—Vaya con la sobrina, Paco, que nos deja.

—A ver, la vida.

La vida La vida demanda la boda de José María con Rosario. Desde un principio, los novios se habían ido aficionando ilusionadamente con el proyecto de la boda "como Dios manda", y ya se sabía lo que Dios mandaba: el velo y la corona de flores de azahar, en cera; los puros y los licores y la bandeja de pasteles de caballo de ángel, amén, claro está, de la ampliación fotográfica, en sepia, con marco pintado de purpurina.

Un duro en plata, del "tío sentao", una peseta con la efigie del Rey, un real agujereado, unos céntimos... Ahorros para la boda, bien custodiados en aquella pequeña caja de conchas y caracolas. Ya tenían comprado el comedor, en madera barnizada. Le faltaban las rinconeros que sostendrían un par de palmeras artificiales, y los cuadros, con la escena de Romeo y Julieta y la de los amantes de Teruel.

Se iba dibujando lentamente, gozosamente, el oscuro concepto de "la boda". Paso a paso, aquella nebulosa que era "la boda", iba tomando cuerpo de sensaciones concretas: compañía, seguridad, pasión, amor, tantas cosas más que les iba a traer "la boda".

III

De vez en cuando hasta el tugurio del Paco arribaba alguno que otro pontífice del canto minero: el Rojo el Alpargatero, Paco el Herrero, Chilares... Entonces reventaba en el aire, como un ardiente clavelón, el canto de la sierra, y se peroraba encendidamente sobre estilos, raíces y florituras de la copla.

Una noche Chilares apeteció escuchar a José María.

Cuando llevo de la mina en la boca me da un beso, y el beso me sabe a gloria revuelta con manganos.

Al final, la sentencia de Chilares:

—Buena madera. Oro de ley.

—¿Sabes, Chilares, que se nos casa el "cantaor"?

—Vaya por Dios.

Domingo por la mañana, Rosario bajó hasta la iglesia. Se



arrodilló ante la imagen de la Virgen:

—Soy Rosario la de la taberna. Vengo a pedirte la protección para mi José María. Ya sabes, no pasa día sin que la sangre de un hombre se derrame en la mina. Esta amenaza la siento aquí, hora tras hora, como un tizón, en mitad del pecho. Por eso vengo a rogarte que, ahora que se nos viene encima la fecha de la boda, protejas a mi novio. Que me llegue sano y salvo a las "bendiciones". Hago promesa formal de un par de velas largas, de las caras. Amén.

IV

Probándose, frente a un espejo, los pendientes de la boda, los viejos pendientes de la abuela, hubo de detener Rosario el ademán de llevarse el índice y el pulgar a la oreja, monumentalizando así, por un instante, ambos dedos en el aire frío de la mañana de invierno.

—¿Qué es lo que están diciendo, Dios?

—Que has de revestirte de valor, Rosario.

Hubo de rugir entonces, ella, tan poquita cosa siempre, con un desgarramiento de voces extrañas y potentes.

—¡Llévame a donde está!

Había avanzado el invierno y el viento desplomaba su largo

látigo helado sobre la piel.

—Abrigate, Rosario.

Acompañada por las vecinas fue atravesando calles, caminos, montes, hasta llegar a la boca de la mina siempre repleta, tenaz, un escalofriante estribillo: "¿Y la boda, José María, y nuestra boda?". Peñas y rocas pisaban las entrañas de su novio. Un desprendimiento de tierras lo había sepultado hacia el amanecer. "José María, ¿y la boda?". No había esperanza.

—Has de tener valor, mucho valor.

Sin lágrimas, ya sin palabras, se acercó Rosario a recibir la cuba que emergía desde la oscuridad profunda del subsuelo, bamboleante, trepidante de hierros, negruras, terrores...

—¡Jesús, quién lo dijera!

De la cuba, entre el despavorido asombro, entre el jubiloso pasmo, saltó a tierra, sucio, muy pálido, el bueno de José María. Avanzaba hacia Rosario, sonriendo:

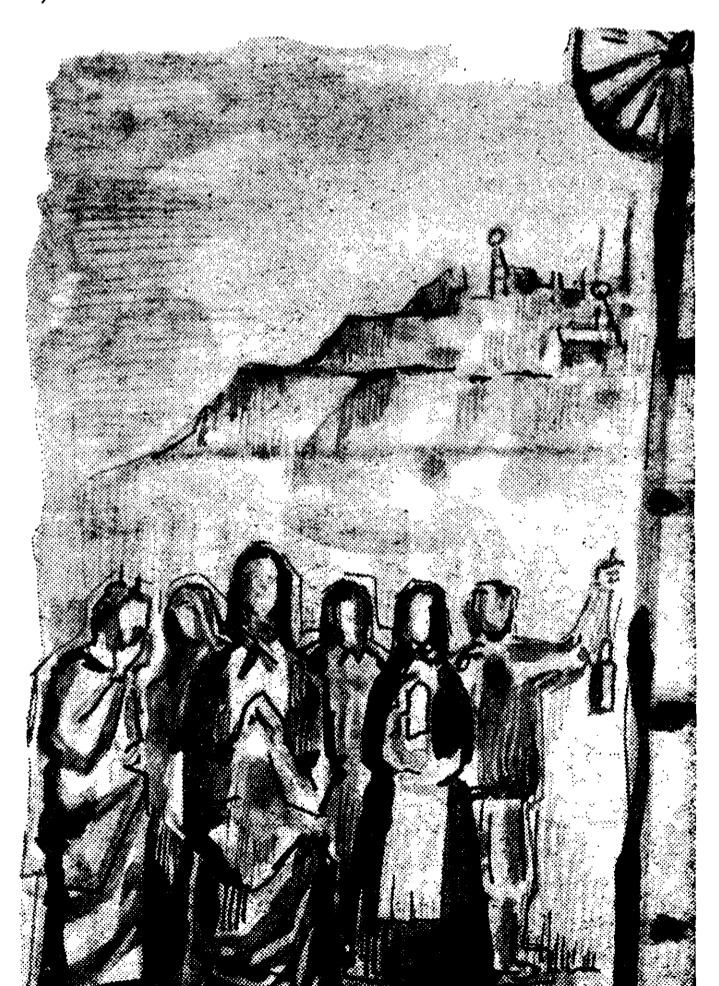
—Pero ¿tú creías que podía morirme en vísperas de nuestra boda?

V

Se celebró la boda exactamente como los dos lo señalaran. No cabe más felicidad en la vida del hombre que la de que los hechos ocurran ajustados al patrón de sus sueños.

Fue el premio a tanta fidelidad, a tanta ilusión, a tanta esperanza. Un premio que anduvo rozando, a costa de la más tenaz y formidable lucha contra el destino, lo milagroso. Bien claro se vio. Porque al día siguiente de la boda, al despertarse Rosario, encontró a José María —su marido— con los ojos totalmente, definitivamente, inmovilizados bajo el rayo de un sol dorado y tierno, recién cortado a la mañana nueva, devolviéndole así al destino el prestado tiempo, exactamente el necesario para haber podido alcanzar la boda.

ASENSIO SAEZ





SUCOIN · SERVICIOS

LIMPIEZA de

- POZOS NEGROS
- INTERCAMBIADORES
- CALDERAS
- ALCANTARILLADOS
- ESTACIONES DEPURADORAS
- DEPOSITOS DE FUEL-OIL
- DRENAJES
- COLECTORES...

DELEGACION SURESTE

PLAZA DE SAN AGUSTIN, 11

Teléfono 501213. — CARTAGENA